

## CAPÍTULO 1

Jenna observó cómo el novio, vestido de esmoquin, entregaba una copa de champán a Suzie, su prometida, y luego se inclinaba hacia ella y la besaba en el cuello, bajo el lóbulo de la oreja, y le acariciaba el hombro desnudo con la mano. Suzie llevaba un exquisito vestido de novia palabra de honor confeccionado en tejido de encaje de color marfil y decorado con cuentas. Lo miró sonriente, con los ojos relucientes de felicidad.

Saltaba a la vista que Suzie y Glen estaban profundamente enamorados. A Jenna se le encogió el estómago al pensar en su novio, a quien añoraba terriblemente.

La orquesta empezó a tocar una de sus canciones preferidas y Jenna sintió unas ganas terribles de lanzarse a dar vueltas por la pista con Ryan, el hombre a quien amaba. Por desgracia, *él* había preferido no estar allí.

Seguía enfadada porque en el último momento hubiera decidido no acompañarla. Había tenido que viajar a Toronto para solucionar unos problemas que sus

clientes, Bryer Associates, estaban teniendo con la instalación del nuevo *software* que su empresa había programado para ellos. No es que ella no entendiera que dirigir un negocio propio tenía sus complicaciones. Lo que ocurría era que aquél era sólo el último de una ristra de planes rotos.

Llevaba mucho tiempo esperando aquella boda y la oportunidad de pasar toda una noche en brazos de Ryan, mientras bailaban al son de la orquesta... antes de vivir horas y horas de sexo tórrido. Apenas lo había visto en los últimos dos meses, y no habían hecho el amor desde hacía más de tres. ¡Anhelaba *desesperadamente* una noche en la cama juntos!

Cindy, la mejor amiga de Jenna, le dio un ligero codazo.

—Mira, por ahí viene ese monumento de abogado, Kurt.

Jenna alzó la vista y vio aproximarse a aquel abogado rubio y de ojos azules que se había sentado a su lado durante la cena. Llevaba un vaso de whisky y dos copas de vino blanco entre los dedos.

—Hola, señoritas —dijo, dejando las copas en la mesa y luego entregando una a Jenna y otra a Cindy—. He pensado que tal vez os apetecería beber algo.

—Gracias —contestó Jenna, agradeciéndole sus atenciones, pero deseando secretamente que vinieran de Ryan. Empezó a dar sorbitos nerviosos a su vino por temor a que le pidiera...

—Jenna, ¿me concedes este baile? —preguntó Kurt.

Cindy, que llevaba intentando animarla toda la noche, le dio otro codazo disimulado y la alentó insis-

tentemente con sus ojos color verde esmeralda. Pero Jenna la ignoró y negó con la cabeza.

—Gracias, Kurt, pero no me apetece.

Él la tomó de la mano y, levantándola, la hizo girar lentamente sobre sí misma.

—Vamos, Jenna, soy un bailarín magnífico —intentó persuadirla.

—Lo siento, pero estoy con alguien, y no me sentiría cómoda.

—Pero si bailar no tiene nada de malo... —intervino Cindy.

Jenna no estaba tan segura de ello. Deseaba estar en brazos de Ryan, dejarse querer, pero también estaba enfadada con él y ofuscada por una miríada de pensamientos y sentimientos. De hecho, hacía tiempo que albergaba serias dudas acerca de su relación con Ryan.

Kurt se llevó su mano a los labios y le rozó los nudillos al estampar un beso persistente en sus dedos. Jenna sintió un escalofrío. Kurt era un hombre extremadamente apuesto. Y además era inteligente, ingenioso y atento. Una combinación letal. Si bailaba con él, tal vez sentiría la tentación de olvidar que estaba enamorada de Ryan. Con varias copas de vino nublándole el pensamiento y notando cómo aquel hombre tan atractivo la envolvía con su calidez mientras la guiaba por la pista de baile, quizá decidiera que el hecho de *ser amada* era más importante que *por quién*. Nunca se había acostado con un hombre al que acabara de conocer.

—¿Estás segura? —preguntó Kurt.

Antes de tener tiempo de contestarle, Mona, la madre de la novia, se les acercó y tomó a Kurt por el brazo.

—Kurt, me habías prometido un baile —le dijo, sonriendo a Jenna y a Cindy—. Chicas, no os importa que os lo robe un momentito, ¿verdad?

Cindy y Jenna conocían a Suzie y a su madre desde la época del instituto. A Jenna siempre le había gustado aquella mujer exuberante y llena de vida.

—Por supuesto que no —respondió Cindy.

—Volveré —prometió Kurt mientras Mona lo alejaba de allí.

—Cuando vuelva, baila con él —le dijo Cindy a Jenna, mientras los despedía con la mano.

—No debería. De hecho, no debería haber venido sin Ryan.

Aunque la verdad es que él no le había dejado otra alternativa.

—Claro que deberías —le dijo Cindy, dándole unas palmaditas en el brazo—. Sólo porque el Sr. Aburrido no quiera divertirse no significa que tú tampoco debas hacerlo. Ese vestido nuevo te sienta fenomenal. Sería una pena que no lo lucieras. —Cindy sonrió en dirección a los tres padrinos del novio, que las observaban desde el bar—. Si no quieres bailar con Kurt, escoge a cualquier otro. Eres el centro de todas las miradas.

Jenna se encogió de hombros. Se había dado cuenta de que los hombres la miraban, pero sus miradas aprobadoras sólo conseguían incomodarla. Se había comprado aquel vestido para seducir a Ryan y lograr

que no apartara la vista de ella y que pensara en lo que harían tras la ceremonia.

—Le estaría bien empleado que conocieras a otro hombre para sustituirlo aquí y ahora, esta noche.

—Cindy, yo no voy a...

Cindy le apretó el brazo.

—Ya lo sé, pero es que me molesta. Te mereces que te traten mejor.

—Simplemente ha estado muy ocupado, eso es todo.

—¿Un sábado por la noche?

—Ya te he explicado que está trabajando bajo presión. El nuevo *software* tiene que estar en funcionamiento el lunes a primera hora. Lleva dos días solventando los últimos problemas y esta noche va a verificar que todo funciona como es debido. Mañana vuela a Toronto...

—¡En domingo!

—Sí, en domingo, para instalar el *software* y comprobar que todo funciona bien.

Ryan pensaba quedarse en Toronto aproximadamente una semana para formar a los usuarios del sistema y estar disponible por si surgía algún imprevisto. Jenna no tenía ni idea de cuándo volvería a verlo.

—¿Y qué me dices del mes pasado? ¿Y del anterior?

Jenna suspiró.

—Tiene una empresa que dirigir.

—Sí, y tú una vida que vivir. Y con suerte, acompañada. Si él no saca tiempo para estar contigo, ¿qué sentido tiene seguir juntos?

Cindy expresó en palabras lo que Jenna llevaba pensando las últimas semanas. ¿*Qué* sentido tenía aquello? Quizá sólo intentaba retener a Ryan. Si él no se sintiera obligado a tener que pasar tiempo con ella, quizá podría dedicarse a su trabajo en cuerpo y alma.

Jenna vio que Kurt se acercaba de nuevo.

—Ahí viene —dijo Cindy—. ¿Seguro que no quieres...?

—Segurísimo.

—¿Te importa si bailo yo con él?

Jenna sonrió.

—En absoluto.

Abrió el bolso y empezó a hurgar en él, fingiendo que buscaba algo para evitar tropezar con la mirada de Kurt, cuya sonrisa empezó a desdibujarse, hasta que Cindy le sonrió abiertamente, alentándolo a invitarla.

—Cindy, ¿me concedes este baile?

—Encantada.

Jenna los observó atravesar la estancia en dirección a la pista de baile. Cuando Kurt tomó a Cindy en sus brazos, Jenna deseó sentir los brazos de Ryan rodeándola, notar cómo le besaba los labios y cómo el hombre a quien amaba se deslizaba sobre ella. Anheló sentir cómo la penetraba. Pero eso no era todo: anhelaba sentirse deseada por él de nuevo.

De repente, el calor de aquella estancia se le hizo insoportable. Se bebió el resto del vino de un trago, dejó la copa en la mesa y se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

Ryan tecleó la orden de compilar datos. Mientras el resultado iba apareciendo en la pantalla del ordenador, se acordó de Jenna. Había logrado no pensar en ella durante varias horas. Todo un récord.

¿Qué estaría haciendo en aquel instante? Probablemente estaría dando vueltas en la pista de baile en brazos de algún semental apuesto y deseoso de pasar una noche de pasión con ella en la cama. Sintió un ataque de celos, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que podía confiar en ella.

Maldita sea, le habría gustado estar allí, a su lado, tenerla entre sus brazos. La imaginaba enfundada en el fantástico vestido de seda roja que se había comprado para la boda y que le marcaba las curvas y le realzaba su generoso busto. Al girar en la pista, la falda se le levantaría y revelaría por un instante sus largas y bien torneadas piernas. Se excitó al imaginar el cuerpo de Jenna contoneándose contra el suyo, con los senos apretados contra su torso y sus manos acariciándole los hombros.

Tras unos cuantos bailes, le sugeriría que fueran a su casa, donde le quitaría aquel increíble vestido para deleitarse contemplando su cuerpo desnudo. Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo al pensar en tocarle los pechos desnudos y en notar sus pezones endureciéndose con sus caricias, apretándose contra las palmas de las manos como si desearan huir de allí. Imaginó que se los metía en la boca y Jenna empezaba a gemir en voz baja. Su verga, apretada contra sus tejidos por la excitación, le exigía un alivio inmediato.

Se acarició con la mano el bulto de los pantalones. Maldita sea, cada vez que pensaba en Jenna su cuerpo reaccionaba como el de un adolescente calenturiento. La deseaba a todas horas. Estaba obsesionado con ella. El amor podía ser un fastidio.

Gimió al recordar sus manos acariciándole el vientre, los dedos rodeándole su verga erecta y sus delicados labios deslizándose sobre su glande. No dejaría a Jenna por nada del mundo, pero tenía que encontrar un equilibrio. No podía pasar con ella todos y cada uno de los momentos de su existencia, por mucho que lo deseara. Tenía que lograr que la empresa funcionara. Tenía que alcanzar el éxito... como lo había hecho su hermano, Jake.

Ryan se ajustó los pantalones, intentando aliviar la presión. La erección bajó un poco al pensar en la vergüenza que habría sentido si su hermano hubiera estado allí y hubiera notado que se excitaba. Por suerte le había dicho a Jake que se marchara hacía una hora. Sólo había que ultimar unos detalles y ya no le hacía falta su ayuda.

Jake y Ryan eran programadores informáticos, y cada uno había montado su propia empresa. Ryan le había pedido ayuda a Jake porque tenía más experiencia con el sistema operativo del cliente, que le había estado dando errores extraños con la interfaz.

Eran las diez y media. Si lo solucionaba todo en media hora, podría ir al Westerly Inn y encontrarse con Jenna en la boda.

Jenna salió de la sala de baile, dejando tras de sí todo aquel oropel y glamour. Bajo la iluminación más intensa del vestíbulo, suspiró profundamente. Miró a su alrededor confusa.

Ryan ya no encontraba tiempo para ella. No entendía por qué la había apartado de aquella manera, pero lo cierto es que lo había hecho, y Jenna tenía que afrontar la realidad. La cálida pasión que habían compartido hacía un año había ido menguando en los últimos meses.

El corazón se le encogió al darse cuenta de que estaba a punto de tomar la decisión que llevaba sopeando varias semanas. No quería estar sola, y se había sentido más sola saliendo con Ryan en los últimos meses que cuando estaba soltera.

Lo amaba, de eso no le cabía la menor duda, pero cada vez tenía más claro que su amor no era correspondido. O, al menos, no en la medida en la que ella lo necesitaba. El corazón le dio un vuelco al empezar a enfrentarse a la verdad.

Ambos parecían necesitarse, pero ¿qué sentido tenía seguir juntos? La relación estaba muerta. Parecía que Ryan estaba esperando que ella le pusiera fin. La decisión estaba en sus manos.

Cindy abandonó la sala de baile, seguida por Kurt.

—Jenna, ¿te encuentras bien?

A Jenna se le saltó una lágrima y se la enjugó. Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz de articular palabra. Cindy le susurró algo a Kurt y él desapareció entre la multitud de invitados.

—Cielo —la consoló Cindy, tomándola de la mano y llevándola a un rincón apartado junto a unas plantas altas—, ¿qué ocurre?

Jake avanzó a grandes zancadas por el vestíbulo del hotel, atraído por la animada música que salía de la sala de baile. Acababa de cenar en el restaurante y no le apetecía quedarse solo sentado en el salón y oyendo el piano. Su mirada se posó en la figura de una joven espectacular con un vestido de satén rojo salpicado de purpurina que estaba hablando con una amiga. Parecía infeliz, y pensó que le habría encantado tomarla entre sus brazos y llevarla a la pista de baile para iluminar con una sonrisa aquel bello rostro. Pero él no era de los que se colaban en fiestas ajenas, de modo que decidió aguardar y observarla un rato más.

Al día siguiente tenía que acompañar a su hermano gemelo a Toronto para ayudarlo a instalar un nuevo *software* en la empresa Bryer Associates. Jake se encargaría de verificar que Ryan instalaba todos los parches y lo ayudaría con los problemas de última hora que pudieran surgir durante la instalación *on-line*.

Jake había volado desde Montreal, donde vivía, hasta Ottawa en su *jet* privado, un Cessna. Él y Ryan habían comido juntos y habían dedicado la tarde a depurar el código del nuevo programa informático. A aquellas alturas, todo estaba probado y comprobado, pero Ryan, tan obsesivo como siempre, había de-

cidido dedicar el resto de la tarde a reexaminar pormenorizadamente el sistema.

Al día siguiente ambos volarían a Toronto en el avión de Jake para asistir a la reunión. Jake regresaría a casa una vez concluida la instalación, el domingo, y Ryan permanecería allí unos días más para asegurarse de que todo funcionara correctamente.

En aquellos instantes, lo que a Jake le apetecía era relajarse y divertirse.

—Yo... —dijo Jenna tragando saliva—. Mi historia con Ryan no va a salir bien, ¿verdad?

Miró a Cindy a la cara y la línea tensa de los labios de su amiga le dijo todo lo que tenía que saber. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Voy a tener que... —se le hizo un nudo en la garganta al reprimir un sollozo. Intentó coger un poco de aire y continuó—: ... romper con él.

Detestó el sonido de aquellas palabras al salir de su boca. Cindy la abrazó con fuerza.

—Cariño, lo siento mucho.

La soltó y abrió su bolso de mano de satén, de donde sacó un pañuelo limpio. Se lo tendió a Jenna para que se enjugara las lágrimas.

—Parece haber perdido el interés por mí.

—Le hablaste de tus fantasías sexuales, ¿verdad?

—Sí, el fin de semana pasado.

—¿Mencionaste la de la doncella secuestrada por un pirata?

Jenna asintió.

—¿Y la de acostarte con un desconocido?

—Ajá.

Cindy sacudió la cabeza.

—No puedo creer que no te devorara allí mismo.

Jenna recordó cómo Ryan se había encerrado en sí mismo cuando le había revelado sus fantasías, marcando una distancia aún mayor entre ellos. En lugar de sentirse excitado y darse un revolcón espontáneo, había puesto fin a la velada y se había marchado apresuradamente.

—¿Cuándo tienes pensado hacerlo? —le preguntó Cindy.

—En cuanto regrese le...

—¡Madre mía, Jenna, no puedo creérmelo! —exclamó Cindy alzando la vista por encima del hombro izquierdo de su amiga.

Jenna sintió cómo un escalofrío le recorrió la columna.

—¿Qué ocurre? —preguntó, volviendo la vista para tropezarse con un par de ojos azules que la miraban atentamente.

El corazón le dio un vuelco y sus labios dibujaron una gran sonrisa.

*¡Era Ryan!*

La mujer de rojo volvió la vista súbitamente hacia él y su rostro quedó enmarcado por unos mechones de cabello oscuro. Clavó su mirada en la de Jake. A él se le cortó la respiración por un instante al ver que a ella se le agrandaban los ojos y le sonreía. Su bello rostro

se tornó entonces de una belleza absolutamente pura y etérea. Durante unos instantes, simplemente se miraron el uno al otro. Al final él se libró de aquel sensual encandilamiento y se acercó a ella a grandes pasos. La sonrisa de ella se ensanchó.

—Hola, me llamo Jake.

Ella se lo quedó mirando incrédula, con el ceño fruncido. Su amiga soltó una risita, le dio un codazo y le susurró algo al oído. A Jake le pareció oír algo acerca de un desconocido y una fantasía. Los labios de la mujer de rojo dibujaron una sonrisa aún mayor y él deseó que, fuera cual fuese esa fantasía, él fuera el extraño venido a satisfacerla.

—Yo me llamo... Aurora.

—Encantado de conocerte —le dijo.

Le tendió la mano y ella se la estrechó con fuerza. Jake se llevó la mano de Aurora a los labios y le besó los nudillos. El contacto de la suave piel de aquella mujer lo hizo estremecerse. La amiga volvió a soltar una risita.

—Y yo soy Cindy —se presentó, dándole otro codazo a Aurora—. Ahora tengo que irme. Que os divirtáis —añadió, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta de la sala de baile—. Encantada de conocerte..., Jake.

Él la despidió educadamente con la cabeza mientras se alejaba y luego miró de nuevo a Aurora.

—¿Has venido con alguien?

Ella le sonrió seductoramente.

—Tenía una cita, pero la canceló en el último minuto.

Jake arqueó una ceja.

—Ningún hombre en su sano juicio cancelaría una cita con una mujer tan espectacular.

Aurora soltó una carcajada. A Jake le encantó percibir el sonido de una alegría sincera con tintes de deleite en su voz. Anotó mentalmente hacerla reír a menudo. Oyó las primeras notas de una balada.

—¿Te apetece bailar?

—Me encantaría.

Jake cogió su mano y pensó que el tacto de sus dedos largos y finos le gustaba. La condujo hasta la sala de baile, tenuemente iluminada, y luego hasta la pista. Se volvió y quedaron cara a cara. Aquel vestido rojo tan sexy que llevaba, una invitación al pecado, marcaba las curvas de su sensacional figura. El corpiño sin tirantes se ajustaba a sus pechos generosos y redondos, para luego estrecharse en su esbelta cintura. La falda se acampanaba ligeramente a la altura de las caderas y caía hasta el suelo. Aurora dio un paso al frente y él la rodeó con sus brazos, con el corazón palpitándole a un ritmo acelerado. Ella deslizó sus manos por encima de los hombros de él y le sonrió con aquellos ojos azules tiernos y húmedos. Cuando los dedos de Aurora se enzarzaron en su cabello, un escalofrío le recorrió la columna. Aurora apoyó la cabeza en su hombro, y su dulce y delicado perfume a hierbas lo ensimismó. Los labios de ella le rozaron el cuello, y todo empezó a dar vueltas.

Mientras se movían al ritmo de la música, ella se apretó más contra él..., mucho más de lo que Jake habría podido soñar. Se excitó al notar el contacto de sus

pechos y de sus pezones endurecidos contra su torso. Deslizó las manos por sus hombros desnudos.

Aquella mujer lo estaba hechizando... Rogó que la música no acabara pronto, porque le habría dado vergüenza abandonar la pista de baile en aquel preciso instante.